

## Un maestro de la narrativa también escribe para los niños

### *Teresita cantaba*

EVELIO JOSÉ ROSERO

SANDRA GONZÁLEZ (Ilustraciones)

Norma, Bogotá, 2011, 56 págs.

### *La princesa calva*

EVELIO JOSÉ ROSERO

SANDRA GONZÁLEZ (Ilustraciones)

Panamericana, Bogotá, 2011, 60 págs.

EVELIO ROSERO (Bogotá, 1958) es uno de los grandes narradores colombianos de ficción que también ha escrito libros para niños. Hago esta aclaración en bien de establecer el valor de lo indicado en la segunda parte de la oración, pues la literatura infantil sigue en muchos ámbitos, tanto creativos como críticos, considerándose un género menor, asociado a la pedagogía de los valores y a las necesidades didácticas, y de irrelevante valor estético.

Para Evelio Rosero la literatura infantil no ha sido de segunda fila. De hecho, no ha hecho diferenciación entre sus novelas y cuentos para adultos, y las que ha escrito para los niños.

Ya desde sus comienzos creativos (en *Mateo solo* [1984] y *Juliana los mira* [1987]) sus obras tenían narradores infantiles, pero el salto definitivo a escribir ficción para ser leída por los niños lo dio en la década del noventa cuando publicó las premiadas *Pelea en el parque* (1991) y *Cuchilla* (2000)<sup>9</sup>.

La explicación de este énfasis de su obra la da el mismo Rosero en una entrevista:

La primera experiencia es decisiva en la memoria del artista, para bien o para mal. Allí están signados el dolor y la felicidad, la amistad, el odio, la soledad. Mis experiencias de infancia, y las de mis amigos de infancia, son alimento de mi obra para niños. Escribo las obras que hubiese querido leer cuando niño. [En <http://bit.ly/171095F>, pág. 8]

9. La primera ganó el Premio Nacional de Literatura Infantil de Fundalectura en 1992 y la segunda, el Premio Norma-Fundalectura en 2000.

En 2009, cuando Rosero ganó el prestigioso *Foreign Fiction Prize* por la traducción al inglés de *Los ejércitos* (2006), se exaltó su obra para adultos, pero fue minimizada la escrita para los niños. En un artículo de respuesta que escribí para *El Tiempo* insistí en que:

En cuanto a sus libros infantiles y juveniles, ha generado una nueva forma de ver realidades del mundo del colegio y de la vida cotidiana de los niños, de las grandes dificultades de construir una sociedad con algún tejido social. [<http://bit.ly/1ijk86V>]

Este juicio se refería en particular a tres relatos de ficción: las ya citadas *Pelea en el parque* (que tuvo una nueva edición en 2009), *Cuchilla* y *Los escapados* (2006). En las tres novelas Rosero enfrentaba, respectivamente, problemas asociados de manera profunda a las raíces de intolerancia y violencia en Colombia: el matoneo y la exclusión social, el origen del profesor autoritario y la escuela con sus anacrónicos sistemas de enseñanza y evaluación. Son tres obras logradísimas a las que podemos considerar hitos de la literatura colombiana.

Las dos obras que comentaremos a continuación son ejercicios narrativos menos ambiciosos, pero no por ello de segunda clase, y nos sirven mucho para entender el rico universo creativo de Rosero y las intenciones que ha tenido de entablar un diálogo con los niños.

*Teresita cantaba* es un relato para niños pequeños que comienzan a leer y de estructura encadenada<sup>10</sup>. Los mediadores podrán de ese modo verificar la memoria a corto plazo de los niños y repasar la coherencia del texto. *Teresita* es una vaca inteligente, elegante y fiel, adorada por sus dueños (un abuelo y su nieto), a la que un día le sucede algo extraño:

Teresita desapareció esta mañana. Era la vaca de mi abuelo, la vaca más vaca del pueblo. Todo su pelo negro, sedoso, brillaba como una mancha vivificada en el valle, debajo del sol.

10. Los relatos de *estructura encadenada* permiten a los niños pequeños (que son lectores inexpertos) reconocer la macroestructura narrativa. Funcionan mediante encadenamiento de episodios en secuencia, con diversas reiteraciones, y en los que se busca predecir desenlaces y extrapolar el argumento.

Era extraordinaria; mugía como si cantara, y parecía entendernos. [pág. 7]

El punto de vista focalizado en el nieto proporciona al relato la fuerza que lo equilibra. Acá se evidencia el conocimiento que tiene Rosero de los niños a quienes habla de par a par. Sabe que con ese primer párrafo atraerá la atención de los lectores e inmediatamente pasa a explicar porqué era tan especial esa vaca, querida por los habitantes de aquel pueblo que la premiaron en una feria ganadera.

El narrador resalta la capacidad de escucha del animal: “se quedaba mirándonos pensativa, como a punto de darnos una respuesta” [pág. 8]. La vaca negra con su cencerro no solo es símbolo de la mascota leal, sino además el medio de subsistencia económica de la familia. El abuelo lo resalta en forma expresa:

Qué haremos sin leche. No podremos vender más leche para comprar pan. Sin pan y sin leche qué haremos. Mejor dicho, sin Teresita. [pág. 20]

Instaurado el niño lector inmediatamente en el conflicto, el narrador de manera repetida insistirá en la preocupación de dónde estará Teresita: ¿la habrán robado?, ¿se habrá aburrido?, ¿se perdió en una finca cercana?, ¿la arrastró un río?, ¿agobiada por la helada de la noche, habrá escapado?

Los solidarios campesinos de la zona salen a buscarla, pero no la encuentran por ningún lado. El niño entra en grandes dudas: “¿acaso se echó a volar?” [pág. 34].

A medida que avanza la historia los lectores sentimos miedo, si bien el texto ni las magníficas ilustraciones (de las que hablaremos más adelante) anticipan un final doloroso. Pero todos compartimos la enorme preocupación del abuelo y del niño.

El abuelo permanece sentado en la piedra, la cabeza en las manos, pensativo. Habíamos dicho que hoy recogeríamos las moras del huerto. Pero, ¿cómo ponerse a recoger moras con lo sucedido? Teresita no está con nosotros, las cosas no son las mismas. [pág. 38]

La repetición al recordar la dulzura y el misterio de la vaca (“Te-

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>resita mugía sin preocupación, era un mugido dulce, como si cantara; era un humo negro en el valle”, pág. 44) cumple la tarea de aplazar el final y poner en tensión al niño lector, que estará con los ojos abiertos en medio del suspenso.</p> <p>El regalo del final hace hincapié en la sorpresa, e invita a los niños a prestar atención en los detalles de las narraciones, en los que se juegan tantas cosas, como cuando leemos un libro policíaco y no podemos dejar pasar por alto los indicios.</p> <p>Queremos reparar en las ilustraciones que acompañan el texto, elaboradas por Sandra González. No sobra recordar que en los libros para niños las ilustraciones tienen tanto valor como el mismo texto y desde una perspectiva discursiva, en un álbum ilustrado como es este de <i>Teresita cantaba</i>, aportan valor semántico tanto el texto literario, como el texto visual.</p> <p>Encantan las ilustraciones que reflejan irreverencia y ternura [págs. 13 y 33], las que reflejan la sensación de ausencia y aprovechan las elipsis que deja Rosero (la silueta de la vaca en la mitad del campo, pág. 17), la poesía y el buen humor que ayudan al niño a relajarse frente a la angustia por la posible muerte de Teresita [págs. 31 y 43]. Sandra González es cuidadosa y atenta a proporcionar al niño el juego de los detalles, visibles en los estampados de los vestidos o en los fondos de las ilustraciones que exigen una mirada cuidadosa. Hay un trabajo afortunado en la digitalización.</p> <p>Con <i>La princesa calva</i> Rosero pretende hacer una parodia<sup>11</sup> de los cuentos de hadas, que sale mal. La obra arranca con una decisión un poco absurda de un rey: su hija ha dejado fugar a un pájaro azul al que adoraba</p> <p>11. Para Elzbieta Skłodowska en la parodia “hay un uso cómico de un fragmento de literatura por medio de una recontextualización; se reelabora una obra seria con un fin satírico extraliterario” (<i>La parodia en la nueva novela hispanoamericana 1960-1985</i>, Ámsterdam / Filadelfia, John Benjamins Publishing Company, 1991, pág. 88). Margaret A. Rose hace hincapié en el ejercicio textual que implica la parodia: “es un recurso crítico/cómico que sirve para poner en tela de juicio la escritura mimética” (<i>Parody/Meta-Fiction. An Analysis of Parody as a Critical Mirror to the Writing and Reception of Fiction</i>, Londres, Croom Helm, 1979, pág. 179).</p>	<p>y en castigo la encierra en una torre. La chica, algo bobalicona y oportunista, funda su destino en esperar un caballero que la rescate y le ayude a recuperar el bendito pajarraco, del que poco sabemos.</p> <p>Rosero se atreve a romper el registro narrativo de los cuentos de hadas, y como parte del espíritu de parodia, incluye comida típica colombiana:</p> <p>De todas las comarcas del reino habían llegado los súbditos, con sus mejores galas, a presenciar la batalla de los tres caballeros. Se comía gallina hervida, mazorca asada y aguacates. [pág. 15]</p> <p>La historia empieza a dar bandazos: ningún caballero resulta con nada (no atrapan al pájaro azul), incluso el favorito de la princesa que es el caballero negro, resulta una farsa; la princesa encarcelada se vuelve cada vez más neurótica y empieza a sufrir de anorexia; luego, desesperada por amor, coqueteará con un enano bufón que no le pone cuidado. El padre, sintiéndose culpable, convoca a su corte de sabios para saber si es justo seguir con el arresto de su hija; estos le ratifican que la princesa debe seguir encerrada en la torre por descuidada...</p> <p>Rosero quiere que el niño ría y a su vez desea retarlo a romper las convenciones narrativas previsibles en las historias de hadas, pero al contrario logra confundirlo. Varios hilos temáticos quedan en veremos (por ejemplo el aburrimiento de la princesa madre y su autoritario marido, pág. 24) y por momentos la riqueza de su prosa decae. El enano escurridizo que no quiere enamorarse de la princesa se larga con otra:</p> <p>A estas horas debía encontrarse con ella, ambos muertos de la risa en cualquier playa de Singapur, huyendo felices de país en país. [pág. 48]</p> <p>El final, con el retorno del caballero negro tuerto, cojo, desdentado, tiene algo de divertido e impide que el cuento se venga completamente abajo. Pero, en síntesis, el relato es desequilibrado y carece de la fuerza narrativa y la belleza verbal de <i>Teresita cantaba</i>.</p> <p>Rosero quiere romper el cliché de los relatos medievales para niños, pero acaba enredado en las intenciones y como un equilibrista inexperto en</p>	<p>medio de una red, se cae. Un ejercicio de tal dimensión le hubiera exigido el uso de otros instrumentos narrativos, de una fuerza poética reflexionada, tal como lo han logrado esas maestras latinoamericanas del relato de hadas contemporáneo como son Marina Colasanti (<i>Entre la espada y la rosa</i>) y María Teresa Andruetto (<i>Huellas en la arena</i>).</p> <p>Estas ilustraciones de Sandra González son convencionales, de acompañamiento, y una es absolutamente desafortunada (sobrepone una penosa y aburrida casa de clase media con un castillo medieval encima, pág. 25).</p> <p>Con todo, en esta reseña se quiere resaltar, como se dijo al comienzo, el compromiso creativo de Evelio Rosero, que ha incluido en forma generosa a los niños como destinatarios de sus textos literarios. Estos libros dan luz sobre el poeta que quiso ser y que luego devino en un extraordinario narrador, probablemente uno de los dos o tres memorables que deja la primera década del siglo XXI en Colombia.</p> <p style="text-align: right;"><b>Carlos Sánchez Lozano</b></p>